



ISIDRO FABELA

(Genio y Figura)

POR EL LIC. FEDRO GUILLÉN,
(periodista y escritor)

De fiel “Defensor de Pobres”, primer cargo jurídico, con sabor apostólico, del licenciado Isidro Fabela, a Juez de la Corte Internacional de Justicia, de La Haya —donde lo apostólico de la ley se reviste con las togas más ilustres—; de secretario de Gobierno del benemérito Abraham González, a encargado de la Cancillería Mexicana en memorable época atravesada por relámpagos de dignidad internacional; de joven estudiante llegado a la metrópoli proveniente de pequeño pueblo del Estado de México, a civilizado gobernador del mismo, una sola, ineludible actitud identifica al maestro Fabela, lo mismo en la cima que en la llanura, enamorado de la justicia y de la verdad, como aquellos caballeros de alucinante época que dejaban lo suyo para salir al polvo del camino con una lanza bajo del brazo y el surtidor de un credo mandando en el corazón.

Mantenerse fiel a una conducta de hombre de bien es el ideal más digno y hermoso. Contra mareas y vientos, sabiendo que quien escoge la soleada ruta del Humanismo contra los enemigos de todo lo noble, agazapados en las sombras, hallará desalientos y congojas, pero jamás la melancolía del que, por temor o conveniencia, se traga cotidianamente su verdad.

Quien siembra con amor como el maestro Fabela, siempre recibe el justo aroma del laurel. En la hora dulce y de reconocimiento, unido el clamor de amigos, discípulos y conciudadanos para corear jubilosamente a quien ha envejecido como hombre de bien, alerta a las palpitations de la patria, desde que la traición del

Huichilobos con entorchados, Victoriano Huerta, lo arrojó a la lumbrera de la Revolución, al lado del Constitucionalismo y tras dejar en la tribuna de un teatro ciudadano su testimonio de hombre libre —episodio que le valió persecución de la jauría huertista.

Años van y años vienen y muy pocos conservan intacto su escudo de armas. Intacto de máculas, no de lanzadas que la maldad de siempre suele aventar, desde bíblicos días, sobre el costado de quienes se ofrecen para mejorar la humana levadura.

Y como lo fácil es el cambio, el —dice el pueblo— bailar al son que toquen, una humillante galería de próceres que no conservaron heroísmo puede otearse con sólo alzar la vista sobre la vida pública. Y de visitar esa galería el hombre de la calle se ha vuelto escéptico, desconfiado.

De ahí la importancia de contar con ciudadanos como Isidro Fabela. Son lección viva, ejemplo, advertencia: Montan guardia mientras otros duermen. O callan. Y salvan con su gallardía las malas épocas donde abundan las coces del rucio de Sancho.

El maestro mexicano ha vivido en tiempos azarosos. Entre el salto luminoso del porfiriato al gran Madero y del sacrificio de éste por Huerta, a la batalla de Carranza. Tiempos en que la pólvora revolucionaria incendió al país, para luego, quienes habían cumplido con México y podían servirlo afuera desmintiendo la leyenda negra contra la Revolución, vistieran la casaca diplomática como el licenciado Fabela, para llevarla con dignidad por Europa y América.

Antes, y después, escaramuzas parlamentarias donde la palabra del licenciado Fabela fue siempre al blanco de la verdad. O altos escaños oficiales como el de gobernador del Estado de México donde a la teoría del sanguinario se opuso y triunfó, la civilización, la inteligencia.

Y de diplomático y jurista, de hombre público y de escritor, una sola idea: servir con pasión a la patria y a otras patrias pisoteadas por la pezuña del invasor.

De ahí su palabra fustigadora contra revolucionarios que olvidaron el camino, contra imperialismos de todos los rumbos, contra episodios como el de Austria, o trágicas asambleas como la de cancilleres, de Caracas, o juntas inconvenientes como la de presidentes, de Panamá.

Y si ayer desde la amedrentada Liga de las Naciones defendió

a pueblos débiles, haciendo temblar venerables muros y más venerables diplomáticos habituados a jugar dramáticamente con la verdad, hoy, en su más reciente intervención al recibir una presea española, símbolo de la gratitud de la República, en valeroso discurso desnudó al verdadero Franco, vestido con atuendo democrático, cuando hace veinte años no ocultaba su fascinación por Hitler y Mussolini.

Así el maestro Fabela. Celoso guardián del decoro internacional de México y, en momentos estelares, magnífico protagonista del mismo. Decoró que de cuando en cuando tiene sus clarinaos. Y si no, a los hechos, pues a estas alturas históricas somos el único país americano que no tiene relaciones con Franco y que ha hecho suyos a millares de republicanos que en un largo, erguido exilio, han hallado techo, pan y reconocimiento. Porque en comarcas de la Cultura, mucho les adeudamos.

(Ahí están, también, para la Historia, el discurso del presidente Ruiz Cortines en la Presa Falcón; o los del canciller Padilla Nervo ante el doctor Milton Eisenhower, o ante la crisis del medio Oriente).

Y mientras una vida sin tregua ha visto al licenciado Fabela combatir con pluma y palabra, con toga y casaca de diplomático, abriendo fuego con libros, artículos y conferencias, el artista que hay en él no ha sido desplazado. Por eso en México o en otros meridianos ha sabido en horas de tensión y de paz, de la muda compañía del libro que resume entre pastas, a veces, el mensaje de un mundo. O la luz eterna de la pintura que es armonía y aliento del alma, o del mensaje de las cosas viejas que, como el monstruo mitológico, resucita cada mañana.

Ley de amor la suya. Permeable a la ternura que se derrama igual para hacer sombra protectora al niño encerrado en un campo de concentración, o para tender la mano de amigo generoso. O, dentro del clima hogareño, practicar la ley eterna que mueve hacia la caricia y la compañía del animal doméstico, alguno, como el perro capaz de dictar cátedra de agradecimiento a la mayoría de los hombres.

De ahí su sencillez. Su valor humano para oír con igual atención a un hombre de altas esferas, o al estudiante o al conterráneo humilde que llegan con la garganta seca ante quien puede ayudarlos.

Seres así, imantan, suscitan la atención de los que en cada generación analizan insobornablemente a sus mayores, ora para el reclamo juvenil, a veces radical, a veces injusto, siempre como explosión de sangre nueva; ora para saber que se hallan —caso de Isidro Fabela— ante un maestro.

No porque sea nuevo interpretar la existencia con grandeza, con pasión creadora, con dignidad. Sino porque la obra de quien recibe la tea crecendida y no la apaga sino acrecienta la llama, crea en torno el chisporroteo del astro que pasa por los cielos alumbrando.

De cerca, quienes hemos tenido oportunidad, o de lejos, a través de la vida y la obra del maestro Fabela, un puñado de discípulos vela sus armas seguros de transmitir a la posteridad el mismo santo y seña: todo por las buenas causas de la patria. Y del mundo.

Por eso estamos aquí, en este libro simbólico apretado por el hilo de oro del afecto. Para saludar la primavera de espíritu del maestro, sus 76 años, sus 50 de bregar con la espada del abogado en la mano. Su perenne universalidad que desmiente el sino fatal del trópico de agostar al hombre apenas surge la primera cana, pues no en balde lanzó Gonzáles Prada su consigna de fuego —“Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”—, una noche en que el drama de la senectud como síntoma de rendición halló su mejor frase. En labios del ilustre peruano que tramontó sin rendirse.

Otra prueba ha dado el licenciado Fabela legando todo lo suyo a la Patria. Lo acumulado en años y años de investigación y estudio, el documento histórico, la pintura prócer, el objeto artístico, la hermosa casa-museo de San Angel donde vagan rezagados fantasmas de quienes la han habitado en dos siglos que lleva en pie.

Vieja casa donde futuras generaciones pasarán asomándose a su nutrida biblioteca para abreviar sabiduría, o deleitarse frente a rincones exornados con el gusto y diligencia de su creador, Isidro Fabela, cuya sombra estará siempre entre todo lo suyo. Recordando a los cuatro vientos la lección de su credo, idéntico al que dejó Beethoven entre las hojas de su álbum: “Hacer todo el bien posible, amar la libertad sobre todas las cosas, y, aún cuando fuera por un trono, nunca traicionar a la verdad”.